

TALLER

Introducción a la problemática
del mundo contemporáneo

Profesor Titular: Ing. Agr. Carlos Mundt

4a clase

"Trabajo y Producción"

Repensar el Trabajo

Historia, profusión y perspectivas de un concepto

Si el hombre trabaja desde que es hombre, ¿por qué el concepto de trabajo pasa a ocupar un lugar privilegiado en el terreno de la reflexión sólo en los últimos siglos? Ciertamente: hay nociones de trabajo que se remontan a los textos bíblicos del Antiguo Testamento y a los filósofos de la Grecia clásica. Pero sólo cuando la historia del pensamiento debe someterse al rigor impuesto por la era industrial y por la racionalidad moderna, el concepto de trabajo se hace realmente crítico y se colma de nuevos contenidos. Hasta entonces, y bajo diversas perspectivas, el trabajo fue considerado un mal necesario, una actividad expiatoria o un medio para un bien posible. En esa medida, y por milenios, la reflexión intelectual le dio rango de fenómeno secundario.¹

Una posible respuesta, y en el presente estudio la trataremos en detalle, es que el concepto de trabajo adquiere relevancia con su negación. Esto significa que la piedra de toque a partir de la cual el trabajo penetra en distintos ámbitos de la especulación es la idea de alienación del trabajo o trabajo alienado. La conciencia de que el trabajo, condicionado por el marco social y técnico de un momento determinado de la historia, niega una supuesta esencia o un potencial de trabajo, obligaría a pensar y concebir esa esencia o potencial de trabajo como algo que trasciende a su degradación en el tiempo. Para algunos, la conclusión que de esto se deriva es concluyente: es la desnaturalización del trabajo lo que enajena al hombre y lo somete, y no el trabajo per se. Lo que implica que el concepto de trabajo hasta entonces vigente (el trabajo como un mal necesario, como un medio para el bien posible) era, a su vez, un concepto alienado, pues confundía el verdadero sentido del trabajo con la falta de sentido en que éste se desenvuelve bajo determinadas condiciones históricas.

Cuando decimos, pues, que el concepto de trabajo comienza por su negación, podemos referirnos a que el trabajo no ocurra como quisiéramos que ocurriera o como debería ocurrir, pero también al hecho de que no se ha entendido por trabajo lo que debería entenderse. Es esto lo que motiva a repensarlo críticamente. Sin embargo, lo "crítico" tiene también otro sentido, y no se limita a un contraste entre una mentada esencia del trabajo y la negación de esta esencia en la actividad laboral de la era industrial. El trabajo y su concepto se vuelven críticos cuando asumen sentidos y connotaciones contrapuestos, o dicho de otro modo, cuando se tornan ambiguos.

Hacia fines del siglo XVIII, el concepto de trabajo reúne una pluralidad de sentidos. El concepto cristiano inscrito en los Evangelios, el concepto calvinista, la visión antropocéntrica y la visión economicista de la economía política clásica conviven sin diluirse y estructuran un concepto preñado de ambivalencias. ¿Cómo compatibilizar el trabajo expiatorio del cristianismo con el trabajo conquistador y expansivo de los comerciantes del Renacimiento? ¿Qué hay de común y qué de antagónico entre el concepto ascético del trabajo en la doctrina calvinista y el concepto hedonista del utilitarismo moderno? Por otro lado, la modalidad del trabajo cambia sustancialmente con el advenimiento de la Revolución Industrial, y la visión que el artesano gremial tenía de su trabajo debió verse distorsionada por la nueva división del trabajo, el régimen de asalariados y la inseguridad en el empleo, rasgos que contrastaban en forma aguda con el estilo de trabajo de los

Autor. Martín Hopenhayn

gremios corporativos. De este modo, no sólo se suscitaron contrastes entre distintas nociones de trabajo, sino también entre estas nociones y los cambios efectivos y radicales en las modalidades concretas del trabajo. Un desajuste entre el concepto de trabajo y el trabajo propiamente tal debió contribuir a hacer de ese concepto un problema y, con ello, constituirlo en objeto de estudio.

Pero las ambigüedades van aun más lejos. No sólo pueden hallarse nociones contrapuestas, o contraposiciones entre un concepto tradicional de trabajo y la modernización del trabajo mismo. También hay paradojas que imprime la Revolución Industrial: por un lado, encontramos la máxima socialización del trabajo, pues nunca antes tantos hombres se habían reunido en un mismo lugar físico para participar, de manera organizada, en la confección de un producto. Pero, por otro lado, esta socialización es también su contrario, a saber, la máxima atomización del trabajo. Nunca antes la actividad laboral de cada individuo se había reducido a semejante grado de parcelamiento y especialización respecto de la configuración total del producto del trabajo. Otra ambigüedad emergió en los orígenes de la economía política forjada al calor de la industrialización, pues el propio Adam Smith, a la vez que destacó el trabajo como factor principal de producción y como motor del crecimiento económico, no vio sino su aspecto puramente económico, disolviéndolo en una concepción de la producción de riqueza donde el trabajo pierde toda connotación antropológica. Concebido como cosa -factor de producción-, escamotea su carácter de actividad humana.

Llegamos, así, a un escenario actual del trabajo y de sus perspectivas futuras que constituye el momento extremo en este itinerario de ambivalencias. Nunca antes el mundo del trabajo se había prestado a tantas interpretaciones contradictorias. Si consideramos a los profesionales y técnicos incorporados exitosamente a la sociedad del conocimiento y al sistema informatizado, podemos afirmar que el trabajo a logrado su mayor nivel de histórico de productividad, de uso de facultades de la inteligencia y de desafíos en el plano de la complejidad tecnológica y organizativa. Pero, al mismo tiempo, nunca como ahora se había segmentado tanto el acceso a trabajos estables y con salarios dignos. Conviven, en extraña simultaneidad, el aumento de la informalidad y precariedad laborales, y las bondades productivas de la Tercera Revolución Industrial -la de la información, la informatización y el conocimiento-. La mentada flexibilización laboral promete reducción en las jornadas de trabajo, pero amenaza con inestabilidad en el empleo y merma en los ingresos. El carácter integrador de las redes informáticas en el trabajo contrasta con el carácter excluyen-te de los nuevos mercados laborales. La utopía, tan cara a la modernidad, de un mundo donde se trabaje cada vez menos, convive con la distopía que parece consagrar sociedades nacionales -y un orden global- que separan a los que trabajan en empleos modernos y tienen ingresos cada vez mayores versus los que quedaron a la vera del camino del progreso y luchan por la supervivencia y la dignidad.

En el caso de América latina, la situación no podría ser más contradictoria. Conviven distintos tiempos históricos, desde la premodernidad hasta la posmodernidad. Lo que significa que el mundo del trabajo cuenta con fabricantes de software, en un extremo, y campesinos que utilizan su propia energía humana para mantener una mínima agricultura de supervivencia, en el otro. Dentro de esta gama, hay ocupaciones de alto uso de tecnología que emplean una proporción muy reducida de la fuerza de trabajo, mientras el sector informal de la economía, con muy bajos niveles de valor

Autor. Martín Hopenhayn

agregado e ingresos que suelen implicar situaciones endémicas de pobreza, absorbe a las masas de desempleados y en muchos países de la región asciende a la mitad o más de la población ocupada.

La brecha salarial en la periferia latinoamericana es mayor que en cualquier otra región del mundo, y a la vez encontramos brechas enormes en el discurso acerca del trabajo. En un extremo, los apocalípticos ven una región en que se suman todos los males acumulados del pasado y del presente: insuficiencia dinámica del sistema productivo para incorporar a las grandes masas de jóvenes que entran a competir en el mercado laboral; nuevas exclusiones generadas por la diseminación lenta, pero real, de la Tercera Revolución Industrial; persistencia viscosa de altísimas tasas de subempleo e informalidad; formas de flexibilización laboral que atomizan las organizaciones de trabajadores y tornan más precario el empleo; y brecha insalvable entre la esfera de la educación formal (a la que todos acceden en su nivel primario) y la esfera del trabajo. En el otro extremo, los modernos entusiastas proclaman el advenimiento de nuevas formas de gestión, más flexibles y humanas, que permiten que el trabajo se reorganice de modo más horizontal y participativo; y saludan con entusiasmo a los nuevos "sabios" de la filosofía empresarial y sus ideas sobre innovación productiva, creatividad en la empresa y mayor personalización en las relaciones humanas dentro de las unidades productivas.

Semejantes ambivalencias han llevado, sin duda, a la reflexión social a considerar y redefinir el trabajo. En un primer momento dijimos que el trabajo comienza a pensarse con profundidad a partir de su negación, o sea, a partir del concepto de alienación del trabajo. Cabría agregar que este concepto de alienación, a su vez, debe buena parte de su desarrollo (explícita o implícitamente) al esfuerzo por comprender y superar las ambivalencias señaladas. Es sobre esta idea capital donde reposa el grueso del estudio que aquí comienza. No aspiro a una articulación totalizadora ni a un nuevo concepto del trabajo, sino más bien a delimitar y reformular algunas preguntas que tocan lo esencial respecto del concepto de trabajo en la actualidad. Si nos volcamos tanto hacia el pasado como hacia el futuro, lo hacemos con la única pretensión de arrojar mayor luz sobre el confuso territorio en que se desplaza la reflexión sobre el trabajo hoy día. Y si el lector encuentra en estas paginas un énfasis reiterado en enfoques humanistas, ello no obedece tanto a una toma de partido explícita por parte del autor, como al hecho de que son éstos los enfoques que más han destacado la centralidad del trabajo en la vida humana.

Decía antes que la idea de trabajo alienado es parte indisociable del humanismo moderno y de la crítica humanista al capitalismo industrial. El concepto de trabajo alienado le ha permitido a dicha crítica situar el trabajo como objeto privilegiado en la reflexión social. Según la interpretación humanista, este concepto tiene un carácter negativo en la sociedad contemporánea, en tres sentidos: a) porque promueve la crítica de la base misma de dicha sociedad, a saber, el modo en que organiza su propia producción y reproducción: trabajo alienado supondría una sociedad marcada por el signo de la alienación; b) en un sentido dialéctico, en cuanto tematiza el trabajo al identificarlo como problema: a partir de ese momento, es preciso hablar sobre el trabajo, pensarlo, reformularlo en la teoría; c) en sentido movilizador: si el trabajo es alienado, y constituye la base de las relaciones sociales, entonces del concepto se deduce la necesidad de un cambio en los hechos, una transformación estructural de la sociedad que se haga cargo de la crítica humanista y la traduzca a nuevos modelos de organización social.

Autor. Martín Hopenhayn

En la actualidad, este concepto de alienación del trabajo se discute y cuestiona. Por un lado, la reflexión pos-moderna objeta la noción misma de alienación, argumentando que ella supone una visión esencialista del sujeto (donde la alienación es la pérdida de una supuesta esencia inherente a la subjetividad); además, los paladines de la posmodernidad arguyen que todo el andamiaje teórico tras la denuncia del trabajo alienado forma parte de una era industrial y una visión de la historia rebasadas por la nueva era de la información, del "fin del sujeto" y de la globalización económica y cultural. Por otro lado, el pensamiento crítico se ha ido desplazando desde la denuncia del trabajo alienado a la defensa del trabajo en un mundo donde cada vez faltan más puestos de trabajo. Si hace escasas dos o tres décadas un empleo fabril podía ser todavía el ejemplo más citado de trabajo alienado, hoy el pensamiento crítico parece reivindicar los trabajos estables en las fábricas frente a las crecientes amenazas de desempleo tecnológico. Casi sin darnos cuenta, hemos pasado de criticar el trabajo moderno a reivindicarlo frente a las incertidumbres de la emergente flexibilización laboral. Finalmente, muchos críticos que hace poco atribuían al individualismo moderno la responsabilidad por los males de la sociedad capitalista, hoy reivindican con especial fuerza los dones del trabajo individualizado como manera de superar la alienación y devenir más creativos en la esfera de la producción. La sociedad del conocimiento aparece, en su dimensión de apertura comunicacional y sus nuevas formas de uso de la inteligencia, como un posible relevo de las utopías colectivistas que ocuparon buena parte del imaginario político del siglo XX. Los futurólogos, como veremos en el último capítulo, tienden con facilidad a sustituir el discurso del trabajo alienado y su "redención comunitaria", por un discurso que proclama el trabajo en la sociedad del conocimiento como forma encarnada del "reino de la libertad y de la creatividad".

Este texto se propone abordar dos objetivos que a primera vista difieren marcadamente entre sí. Quisiera presentar, por un lado, una historia del concepto del trabajo y detenerme en algunos de los hitos que en Occidente modificaron y enriquecieron el concepto en cuestión. Por otro lado, intento definir el trabajo desde una perspectiva multidisciplinaria y actual, abordándolo de manera simultánea desde la filosofía, la psicología, la sociología, la teología y la economía. Tal esfuerzo está destinado a integrar ambos acercamientos al problema, para lo cual se presenta el segundo bajo la forma del primero. En otras palabras, mi intención es remitir el enfoque interdisciplinario del concepto de trabajo a su génesis en la historia, mostrando cómo y por qué se configuran en la actualidad varios enfoques: uno, desde la economía política; otro, administrativo; otro, psicosociológico; otro, más especulativo y, finalmente, toda una futurología respecto del trabajo.

Una vez más, es el concepto negativo del trabajo el telón de fondo sobre el cual desfilan estos diversos enfoques. La perspectiva filosófica de la alienación forjada por Hegel y la perspectiva histórico-económica desarrollada poco después por Marx, constituyen el material que más tarde las diversas ciencias sociales habrán de retomar, modificar, rebatir y matizar desde la sociología clásica hasta la futurología en boga. De allí que la perspectiva interdisciplinaria sea, también, histórica. Por otra parte, la reflexión en torno del trabajo que ofrecen las ciencias sociales (con la filosofía en un extremo y la economía del trabajo en el otro) es inseparable de determinadas condiciones históricas. Es la situación del trabajo en el capitalismo industrial lo que sirve de marco indispensable al concepto marxista de alienación del trabajo y a las elaboraciones que más tarde propusieron los pensadores del trabajo. Fenómenos que hicieron su aparición en el escenario de

Autor. Martín Hopenhayn

la historia después de Hegel y Marx, como son la burocracia y la tecnocracia institucionalizada, los ensayos de sociedades socialistas (donde la alienación del trabajo no parece superada) y la revolución de la cibernética, han forzado a científicos sociales a adaptar la perspectiva frente al problema. La perspectiva multidisciplinaria ya mencionada no puede, entonces, considerarse soslayando la evolución histórica del trabajo, sino desde esa misma evolución.

La cronología del concepto de trabajo, que constituye el primer objetivo de este ensayo, exige el estudio de la génesis y el desarrollo de dicho concepto a la luz, de sus condiciones históricas. Estas condiciones, sean materiales o culturales, ayudan a explicar cómo surgen las disquisiciones en torno del trabajo en diferentes momentos y sociedades. Recíprocamente, los cambios en las ideas respecto del trabajo humano contribuyen a precipitar dinámicas históricas, sobre todo en el campo de la productividad del trabajo, el desarrollo tecnológico y el carácter de los conflictos sociales. No olvidemos que las ideas también son historia y que, por lo mismo, no sólo reflejan la vida social, sino que además la modifican. De modo que la historia del concepto de trabajo que se presenta a continuación busca ligarlo a la historia y las condiciones del trabajo.

Es parte del presente esfuerzo recoger de distintas culturas y momentos de la historia, desde la Grecia clásica hasta los orígenes del capitalismo industrial, las referencias que permiten deducir el concepto de trabajo, si no explícito, al menos latente en otros tiempos. Sólo a la luz de esta disquisición previa se hará más claro, en términos de continuidad y ruptura de la historia del pensamiento, el empuje intelectual que cobra la reflexión en torno del trabajo durante el siglo pasado, y cómo se abre en un amplio prisma de enfoques.

El segundo objetivo, como ya se ha señalado, es suscitar una perspectiva multidisciplinaria ante el concepto de trabajo sobre la base de la noción de trabajo alienado, que nuclea ámbitos propios de la economía política, la administración del trabajo, la teoría organizacional, la psicología del trabajo, la especulación filosófica (incluida la Doctrina Social de la Iglesia) y la futurología. El desarrollo de la sociedad industrial y sus derivaciones, con sus paradojas, conquistas y contrastes, ha sido un poderoso detonante que hasta hoy impulsa la interacción crítica de científicos sociales provenientes de distintos continentes de la investigación. Mi interés es, en esta confluencia de puntos de vista, detectar valores, motivaciones y hábitos intelectuales con los que puede haber coincidencias o bien disensos. Al tratarse del problema del trabajo, es su carácter crítico en la sociedad moderna o en vías de modernización (mecanizada, automatizada o estructuralmente heterogénea, de producción fabril o de información, desregulada o protegida) el sustrato común que mueve a la reflexión en las distintas ramas de las ciencias sociales. De allí la insistencia en el aspecto crítico del trabajo y de su concepto como punto de partida para una perspectiva multidisciplinaria.

La investigación que aquí se presenta no pretende hacer pensar que la historia ofrece distintos conceptos de trabajo que se sucedan linealmente en el tiempo. Lo cierto es que el concepto de trabajo no ha sido homogéneo en el interior de cada período, y la coexistencia de grupos sociales y/o culturales diferenciados, en distintos momentos y bajo diversas estructuras societales, ha generado visiones contrapuestas. A esta falta de uniformidad debemos agregar el hecho de que los conceptos no se han ido reemplazando entre sí, sino que sobreviven, en mayor o menor medida,

Autor. Martín Hopenhayn

como sedimento cultural en nuestra actual cosmovisión y en nuestra sensibilidad frente a lo laboral. Queda en nosotros algo del concepto platónico-cristiano, del calvinista, del comunitarista, del economicista y de la aproximación sociológica del trabajo. Como ya se señaló, nunca el concepto ha sido tan ambiguo como ahora y, por lo mismo, nunca ha sido un fenómeno que merezca tanta consideración por parte de la reflexión social como ocurre en la actualidad. Lo cierto es que coexisten en el pensamiento contemporáneo posturas diversas: la cosificación del trabajo humano, la reacción crítica que llama a humanizarlo y las posibilidades tecnológicas y organizativas que hacen posible tanto lo uno como lo otro. Entre esas tesituras antagónicas la reflexión ha dado, como veremos, múltiples respuestas.

Nota

1. Como lo señala Dominique Méda, "el trabajo no es una categoría antropológica, o sea, una invariante de la naturaleza humana o de las civilizaciones que siempre van acompañadas por las mismas representaciones. Estamos, por el contrario, ante una categoría radicalmente histórica, inventada en respuesta a necesidades de una época determinada", [Méda, Dominique, *El trabajo: un valor en peligro de extinción* (traducción Francisco Ochoa Michelena), Gedisa, Barcelona, 1995, pag. 27]